

VIEJO, JA

(Del lat. vulg. vēclus, y este del lat. vetūlus)

- 1 · adj. Se dice de la persona de edad. Comúnmente puede entenderse que es vieja la que cumplió 70 años. U. t. c. s.
- 2 · adj. Se dice de los animales en igual caso, especialmente de los que son del servicio y uso domésticos.
- 3 · adj. Antiguo o del tiempo pasado.
- 4 · adj. Que no es reciente ni nuevo. Ser viejo en un país.
5. adj. Deslucido, estropeado por el uso.

Pueblo nace de la imaginación del autor; sin embargo habrá muchos lectores que creen que hay mucho de cierto en este libro. En este Pueblo vive gente, gente de “otro tiempo”. Hay viejos y viejas con nombres y apodos de su tierra. En el suelo hay hojas viejas del otoño que barren los viejos y el pan que los viejos tiran a las palomas y estas no se comen. Aquí están viejos hasta los pájaros.

Esperar es todo lo que queda para Diablo, Saltamontes, Otoño Juan y Aurora en este Pueblo. Pero, no es lo mismo lo que esperan cada uno de ellos. Esperar ilusiones, sueños de otra época. Esperar que el tiempo pase hacia atrás. Esperar el final del atardecer.

Lector, aprovecha este momento para leer esta historia corriente colmada de maravillas y tiempos perdidos, de amor y de humedad, de soledad y amistad. Aprovecha lector, que los niños están al llegar.

El pueblo es una obra dramática, escrita de una forma directa y sencilla, sin palabras complicadas y coletillas como la palabra “Viejo” que usan continuamente de forma casi instintiva todos sus personajes entre ellos de forma cariñosa, que nos da a entender el grado de confianza que hay entre ellos, llegando a parecer una familia.

Se nos cuenta parte de la vivencia de estos cuatro personajes, donde hay historias de amor del pasado, secretos inconfesables y malentendidos que cambiaron su historia para siempre.

El pueblo se nos narra desde un lugar olvidado por todos, menos por sus habitantes, sin teléfono, pues averiado desde muchos años, la única opción para que vinieran a repararlo era llamando y era el único teléfono que hay en todo el pueblo. Sin correspondencia, y por supuesto sin internet.

No está ambientada en ninguna época en concreto. Los personajes narran su historia sin ningún acontecimiento importante histórico ni fecha alguna. Hay pistas y detalles que nos cuentan que podría ser actual o de los años cincuenta,. Tanto el autobús como la ciudad son para ellos cosas nuevas. Podría ser que nunca han salido del pueblo, solo en contadas ocasiones, o que históricamente eran recientes. Eso se deja a la imaginación del lector y a la época que lo traslade su lectura.

La obra está contada en un atardecer eterno, por el que podrían pasar veinte, treinta o cuarenta años, como una semana.

Está contada en una única localización o espacio, que es el parque y el banco que hay en este, desde el cual los personajes nos cuentan su historia.

Los personajes más que nombre tienen apodos. Juan, el barrendero del parque a quien llaman Otoño, a quien atormenta la muerte de su hijo, que no supera por más que intente desinhibirse barriendo en el parque. Saltamontes un exatleta frustrado por una lesión en una pierna, quien espera impaciente que lleguen los niños, y nunca entiende por qué no llegan. Diablo, un personaje mediador entre todos, nunca tuvo ni familia ni hijos, su fama de mujeriego le precede antes y ahora. Es como el hermano mayor que consuela cuando todo va mal. Y Aurora, una mujer fuerte e independiente que quedó viuda y guarda muchos secretos al igual que sus vecinos en sus adentros...

Todo empezó viendo un documental en la televisión sobre la desertización de los pueblos. Durante el documental se veían imágenes de pueblos abandonados, devorados por el bosque y la montaña, casas desnudas, ventanas hacia ningún lugar, sin nada que tener que enseñar tras la cortina transparente de aire y humedad.

Fue una de esas ventanas, una ventana en especial, totalmente desnuda en piedra, que asomaba desgastada por el tiempo, la que atrapó mi vista. Daba a un parque, o lo que quedaba de este y, por un momento, pensé cuántas personas se habrán asomado a esa ventana. Esas personas habrían tenido hijos y estos nietos y ellos creerían que esa ventana siempre tendría

algo que enseñarles, algo que mostrarles. Cuántas cosas habrá enseñado esa ventana, cuántos secretos ha visto a ambos lados de sus muros. Cuántos niños corriendo en el parque mientras sus madres los llamaban. Les parecería eterno, que nunca se acabaría, que la ventana siempre tendría algo que enseñar a alguien, porque siempre habría alguien a lo largo del tiempo que se asomara a ella.

Cuando volví al documental, este estaba dando la imagen de las calles. Silencio. Esa era la definición, pero se podían oír los ecos de la gente mayor murmurando. Se podían oír a sus nietos suplicarles cinco minutos más en el parque. Se podían oír a sus mujeres en las cocinas con las cazuelas y los cuchillos preparando la comida. Se podía oír el crujir del horno, mientras se cocía el pan. Narraba un silencio tan explícito, que ponía los vellos de punta todo lo que contaba.

Anduve a través de esas calles, busqué esa ventana, y me asomé a ella...

Alejandro Gómez Escalera